

Dos figuras en la España Medieval:

Hasdai Ben Chaprut - Abraham Zacut

Conferencia en el Circulo Recreativo de
Tetuán, el sábado 7 de Febrero de 1948,
por D. Salomón Bensabat Benarroch.

Siglo X en España. Abramos el libro de la Historia y retrocedamos páginas hasta situarnos en el año 915 de la era cristiana. España, aunque políticamente, se halla dividida en dos partes: la España musulmana y la España cristiana, bajo el punto espiritual, es una, porque uno es el sentir y uno es el afán de progreso y cultura en toda la Península. Rige los destinos de la primera el poderoso califa Abderramán III, que tiene su trono asentado en la ciudad de Córdoba. En el Norte, siendo los primeros tiempos de la Reconquista, cuatro gobernadores tienen repartido el territorio: León, con su Rey Ordoño II; Navarra, con Sancho Garcés I el Grande, esposo de Doña Tota, regente del rey García Sánchez I; el Condado de Barcelona, con Borrell II; y Castilla, que está en sus principios como Estado y tiene al Conde Fernán González.

En ambas partes existen grandes núcleos de judíos, venidos a España en distintas épocas y sin interrupción desde la destrucción del Templo de Jerusalén por Tito. Gozan de completa tranquilidad y se desenvuelven pacíficamente en todas sus actividades, bajo el auspicio de leyes y disposiciones protectoras, lo que no ocurre en esos tiempos en ninguna parte del mundo entonces conocido. En esta época feliz, en ese año de 915, nace en Jaén Rabbi Abu Yosef Aben Hasdai Aben Shaprut, conocido por Hasdai Ben Chaprut, y calificado de primera figura hispano judía.

Tiene como primer maestro a su padre, quien le inicia en el amor a las letras y a las ciencias, y a los diecisiete años domina perfectamente el hebreo, el árabe y el latín, llaves maestras con las que siguiendo su inclinación a la investigación de los secretos de la naturaleza, le hacen con planta segura en el difícil terreno de la especulación científica, consagrándose con infatigable tesón al cultivo de la medicina. Pero le falta la formación talmúdica, indispensable en

aquellos tiempos a todo judío estudioso, y es en Córdoba donde la completa, en contacto con un gran maestro, llegado de Oriente, Rabbi Moshe Ben Hanoch.

Rabbi Moshe Ben Hanoch, procedía de la Academia de Sura, en Babilonia, donde junto con la de su compañera, la de Pumbadita, rigieron durante varios siglos los destinos religioso-morales de los judíos, formándose allí el llamado Talmud Babilónico. Arruinadas ambas academias, todos sus valores, atraídos por las noticias tan buenas que llegaban de España, donde según decían, los judíos de día en día llegaban a asentarse con creciente estabilidad e influencia en el país, decidieron emigrar al mismo. Entre ellos venía el último jefe de la Academia de Sura, Rabbi Moshe Ben Hanoch, quien embarca con destino a España. Pero en el viaje su barco es apresado por piratas, y en calidad de esclavo, con su mujer y su hijo, es conducido a un mercado español. Durante la travesía, su esposa, bella en extremo, es cortejada por el capitán del barco, con insistencia tal que un día, tranquilo y sereno, y en el que a la vista de su marido, la importunaba, el pirata, preguntó al marido si la resurrección anunciada por los profetas alcanzaría también en su día a los que morían en el mar, y ante la contestación afirmativa de Rabbi Moshe, saltando por la borda del barco, se arroja al mar hundiéndose para siempre en sus aguas, ante la mirada atónita y furiosa del capitán y la impasibilidad de Ben Hanoch, que recibía la tragedia con la frase célebre de: Bendito el Juez de la verdad.

En su cautividad es conducido Ben Hanoch a Córdoba y expuesto en un mercado de esclavos judíos, de donde no tarda en ser comprado y liberado por correligionarios, ya que en esos tiempos existía en las comunidades fondos y personal dedicados a esa beneficencia. Llevado de su humildad, no se da a conocer y pasa como un cautivo redimido. Asiste a la Academia de Córdoba entre los demás y como vulgar oyente durante los primeros días, hasta que en una ocasión, oyendo la explicación impropia que daba el Jefe de la Academia, Rabbi Natan, a un pasaje del Talmud, no puede contenerse y pide permiso para hablar en el asunto, lo que le es concedido, y de tal forma se desenvuelve que el jefe de la Academia, al conocer quien era, pide le sea concedido el hacer entrega de su cargo a Rabbi Moshe, quien es nombrado Maestro-Juez de la ciudad de Córdoba.

Con un hombre de este temple y de esta clase es con quien Hasdai Benchaprut completa su formación en todos sus aspectos, y prac-

ticando la medicina en Córdoba con mucho acierto, es introducido en el Palacio de Abderrahmán, como médico. Sus dulces y delicadas maneras, su palabra fácil y agradable, la amenidad sustanciosa de su conversación, y un brillante talento, hacen que no tarde Abderrahmán en descubrir en él a un verdadero hombre de Estado, y como tal le confía el cargo de Secretario de cartas latinas, necesario en esa época, ya que eran muchas las cartas y misivas que le llegaban al Califa de todos los pueblos de la Tierra y era preciso entender el idioma en que venían casi todas, que era el latín.

Habiendo llevado a cabo un cambio político en su gobierno en el sentido de rodearse de ministros, que brillasen mas por sus cualidades que por su origen, Abderrahmán confía a Hasdai el cargo de Ministro de Estado, en el que pronto demuestra sus condiciones en él innatas para sus misiones, siendo las más frecuentes, la recepción de embajadas extranjeras, su introducción en Palacio, su agasajo y atención mientras estuvieran en Córdoba y su despedida. Se cuenta que tan contentos se marchaban siempre los embajadores de lo bien atendidos que eran por Hasdai, que llegados a su país, no tardaban en mandar presentes y ricos regalos al Califa, solicitando siempre su amistad y alianza. Entre las múltiples intervenciones diplomáticas de Benchaprut se destacan las siguientes:

Con ocasión de la llegada a Córdoba de una embajada enviada por el emperador alemán Oton I, Abderrahmán confió a Hasdai las oportunas negociaciones con ellos, que tenían por objeto la paz y alianza de ambos imperios, y tanta sagacidad e ingenio, así como tino y delicadeza extremó Hasdai, que no solo consiguió allanar todas las dificultades que habían interrumpido durante mucho tiempo las relaciones entre el imperio germánico y el Califato, sino que los embajadores volvieron muy satisfechos a su país, mereciendo Hasdai el calificativo de hombre perspicaz y discreto.

En el año 958, reinando en León Sancho el Craso, a quien se le aplicó este calificativo por haberle sucedido una rara enfermedad repentina, que fué la de engordar de una manera exagerada, fué depuesto por los caballeros leoneses por considerarle incapaz de gobernarles, y expulsándole del territorio fué a refugiarse a Navarra, donde regía Doña Tota, su abuela. Sabedora de que Córdoba tenía fama de poseer doctas escuelas y muy ejercitados médicos, no dudó en enviar allá una lucida embajada pidiendo a Abderrahmán le facilitara un médico para la curación de D. Sancho. Benchaprut fué designado

para cumplir esta misión, y dirigiéndose a Navarra, en nombre de su Califa, se compromete a curar completamente a D. Sancho y además ayudarle con todo lo preciso para reponerle en su trono. Todo a cambio de la entrega de diez castillos, con sus correspondientes territorios. A todo consintió D. Sancho, y tanto él como Doña Toda, se avinieron a trasladarse a Córdoba, lugar a donde habría de hacerse la curación y formalizarse el tratado de paz, amistad y ayuda. El conseguir que dos reyes cristianos de España viniesen a Córdoba, lo consideraba Abderrahmán como una victoria política y de renombre y fama para él entre sus súbditos. Por eso, cuando Hasdai llegó a Córdoba de regreso de su viaje, el Califa ordenó que se le recibiera con todos los honores máximos y el pueblo entero salió en su espera. Se le recibió con canciones y alabanzas compuestas en su honor, y más se le distinguió cuando por medio de una medicina preparada por él con ciertas hierbas, logró curar por completo a D. Sancho, quien por este medio volvió a su delgadez.

Y en su poder siempre creciente, Ben Chaprut no se olvidaba de los suyos y es así como de todas las embajadas que llegaban a Córdoba y eran atendidas por él, requería noticias sobre el estado de los judíos en sus respectivos países y recomendaba por su bienestar. Una de estas embajadas, le dió noticias de la existencia en las orillas del mar Caspio de un imperio judío llamado el país de los Cozares. En un principio creyó Hasdai que serían los descendientes de las diez tribus de Israel, cuyo paradero entonces se desconocía, ya que se sabía que los que habitaban la Europa occidental eran los de dos tribus y confiado en esto, envió por medio del Rey de Bizancio una embajada suya a dicho país. Después de muchas peripecias y al cabo de cinco años de viaje, regresó parte de la misión, trayendo nuevas del referido Imperio, que en parte desilusionaron a Hasdai, ya que su origen era el siguiente: uno de los reyes de aquel país, que había viajado mucho por Europa, quiso dar fin a la idolatría que entonces existía en el país, y con el fin de convertir a todos a una de las religiones monoteístas, convocó a una polémica a representantes de distintas religiones, llegando a convencerle el judaísmo, por lo que determinó convertirse él y su pueblo a esta religión. Este tema sirvió a Yehudah Halevy para escribir su libro «El Cuzari».

Unas de las cualidades más importantes a considerar en Hasdai Ben Chaprut, es que estimulado por el ejemplo de los musulmanes, y de su Califa, así como de los magnates de la corte cordobesa, se eri-

giese en protector de todo movimiento cultural judío, y para ello no regateaba medios, con el fin de concentrar en Córdoba a todos los valores judíos que aparecían en España, tanto los nacidos en el país como los que acudían de otros lugares. Su casa era la sede permanente de poetas, filósofos, sabios, médicos, talmudistas, y así, a su muerte, acaecida en 970, la labor desarrollada por él en ese sentido, daba como fruto, el que por toda España se repartiesen todos los que a su lado se habían formado, como portadores de una misión y de una semilla culturales, cada uno en lo suyo, pero en los siglos siguientes, tendría su fruto a tal extremo enriquecido, que no se dudaría en calificar esos tiempos de época de oro de la historia del pueblo judío.

*
**

En los tiempos que siguieron a Benchapruto, comprendidos entre los siglos X al XV, fueron muchos los que siguieron su camino. Sería inacabable la lectura de sus nombres y obras, por sí solos, cuanto más referir detalles de la vida de cada uno. Hubo poetas, filósofos, literatos, médicos, consejeros reales, verdaderos ministros de hacienda y de estado, intendentes y proveedores de ejércitos, cargos importantes entonces, navegantes, profesores de universidad, etc. Sólo citaremos, por despertad curiosidad, a Maimónides, de quien se dijo comparándole con el legislador del pueblo hebreo: «que de Moisés a Moisés, no hubo otro Moisés»; Yehudah Halevy, filósofo y poeta; Salomón Ben Gabirol; Samuel Ben Nagrela; Abraham y Moisés Ben Ezra; Dunat Ben Labrat; Yahya Ben David; Samuel Najmani; Samuel Levy, etc., familias completas, que de padres a hijos y a través de varias generaciones se transmitían la ciencia y los cargos, todo esto a través de cinco siglos y durante ellos, hasta llegar el siglo XV, en él se aproximaba el final de toda esta grandeza, espiritual más que otra cosa, y así llegamos a ocuparnos de una de las últimas figuras hispano-judías' Rabbi Abraham Zacuto, el judío salmantino.

Nace en Salamanca en el año 1456. Su padre, llamado como él, era oriundo de Francia, de donde salió como consecuencia del decreto de expulsión promulgado en 1306, estableciéndose en Salamanca. Por su madre, Rabbi Abraham era oriundo de la familia Ben Ezra. Sus estudios los hace en Salamanca, siguiendo cursos de astronomía y matemáticas, en su universidad, de la cual y gracias a sus dotes y capacidad es designado por el cabildo universitario, a los 20

años de edad, Catedrático de Astronomía. A sus clases asisten no solo alumnos de Salamanca, sino de toda España y aún de países extranjeros, como Italia, Alemania, Francia y Portugal, tal es la fama que adquiere. Pero sus actividades no se limitan solamente a explicar lecciones de Astronomía, sino que conocedor de esta ciencia y de las altas matemáticas, confecciona una Tablas Astronómicas, de fácil manejo, y las más perfectas de las hasta entonces conocidas, llega incluso a perfeccionar el astrolabio, aparato del que se servían los navegantes en sus viajes, y que hasta entonces se fabricaba en madera, siendo el primero que lo hace de metal y más manejable que los anteriores. Con motivo de ésto, es por lo que Cristóbal Colón, a instancias de los Reyes Católicos entra en relaciones con Zacuto, quien se muestra de acuerdo con la idea de Colón, de encontrar con seguridad un camino hacia la India, navegando hacia el Este, y emite un informe favorable al viaje, para la Reina Isabel.

En los diarios de navegaciones hechos por Colón, consta que en todos sus viajes utilizó con mucho acierto las Tablas Astronómicas de Zacuto y su astrolabio y en el último viaje, graciaa a las primeras se salvó de una muerte casi segura, tanto él como sus tripulantes, a manos de los habitantes salvajes de una isla, a la que llegó pidiendo provisiones y otras cosas. Ante la negativa de aquéllos y amenaza que le hacían de matarle, Colón, que no encontraba salida a esa situación tan difícil, se acordó de que las Tablas de Zacuto predecían para aquella noche un eclipse de luna, y con esta amenaza hecha por él a los indígenas, llegada que fué la hora, temiendo quizá que fallasen los cálculos de las Tablas, Colón y sus tripulantes, pié en tierra, los brazos en cruz y la mirada al cielo, entonan en un último esfuerzo una oración al Todopoderoso. Instantáneamente, la luna empieza a eclipsarse hasta sumirse todo en la oscuridad. Los indígenas de la isla corren despavoridos, aterrados de un lado para otro, y no solo facilitan a Colón todo lo que necesitaba sino que también le ayudan a transportarlo a los barcos. De esta manera tan providencial y gracias a las Tablas de Zacut, Colón y los suyos se salvaron de una muerte casi segura.

Mientras ésto ocurría, Zacuto, después de ser durante varios años Catedrático de Astronomía y Astrología, en Zaragoza, última estancia suya en España, se ve obligado a emigrar como consecuencia del decreto de 1492, y es en Lisboa donde fija su residencia, siendo nombrado catedrático de su Universidad y miembro de la Junta Real de

Astrónomos y Astrólogos. El Rey Juan II, le colma de regalos y presentes y siempre tiene a bien consultarle sobre sus futuros viajes y conquistas, a manera de horóscopo. En una ocasión, habiendo sido invitado el Rey a hacer su entrada triunfal en Evora, ciudad que tenía muchas puertas en sus murallas, preguntó a Zacuto le indicase la puerta por la que entraría, a lo que le contestó Zacuto que si lo predecía sería fácil que por cualquier circunstancia cambiásen su itinerario, replicando el Rey se lo diese por escrito en un documento que prometía no abrir hasta estar dentro de la ciudad. Así lo hizo Zacuto, pero el Rey entró en Evora por una puerta recién construida, nueva, y hecha en su honor, y cual sería su sorpresa que al abrir el documento, estando ya dentro de la ciudad, vió que Zacuto le predecía la entrada, precisamente, por la puerta que lo había hecho.

La fama adquirida por Zacuto, hace que el Rey de Portugal, antes de autorizar el viaje de Vasco de Gama, bordeando la costa occidental de Africa para ir a la India, pida informe definitivo y la avenencia de Zacuto. Públicamente tiene una entrevista con Vasco de Gama y de sus conversaciones, Zacuto informa favorablemente al Rey y le predice que será dueño de tierras en la India. También se encarga de adiestrar a los acompañantes del navegante en el manejo del Astrolabio, de mapas y de las Tablas Astronómicas.

En 1497, como consecuencia del decreto de expulsión de los judíos de Portugal, Zacuto sale de Lisboa con idea de dirigirse a Tierra Santa, pero en el camino el barco donde viajaba es capturado por dos veces, por piratas, y después de infinitas peripecias, llega a Túnez, donde encuentra una colonia judía poderosa y en la cual era conocido. Aquí permanece muchos años, y aunque está ya cansado y enfermo, se sobrepone y produce una de las obras más interesantes y más famosas hechas hasta entonces: El Sefer Yohasin o Libro de biografías. De una manera sistemática, ordenada, cronológica, Zacuto relaciona la biografía resumida de todos los legisladores judíos, en todos sus aspectos: legisias, tannaim, emoraim, talmudistas y cabalistas, desde Moisés hasta el año 1500, con detalle incluso de los principios establecidos por cada uno, indicando el libro o texto donde se fijaron. En los tiempos posteriores, esta obra facilitó mucho el estudio del Talmud en todos sus aspectos. Como detalle curioso anotaremos que la primera impresión de este libro se hizo en el año 1676 en Constantinopla. Y aquí en Tetuán, en el Estudio Benarroch, existe

un ejemplar de este libro reproducción en forma de una impresión hecha en Londres, en 1864.

En su idea obsesionada de morir en Tierra Santa, Zacuto sale para Turquía con el fin de visitar a sus antiguos compatriotas y allí encuentra entre otros a muchos de sus discípulos y amigos, que insisten con él para que fije su residencia entre ellos con promesas de proporcionarle altos cargos, pero rechaza todo y se pone en camino de Jerusalén, donde no llega, por sorprenderle la muerte en Damasco en el año 1525. Con él desaparece no solo la figura sino el cargo de Astrónomo y Astrólogo, ya que estos estudios, en los años que siguieron, no fueron cultivados más por judíos, lo mismo que la cátedra, a la que no llegaron hasta fines del pasado siglo.

Hemos elegido como tema de nuestra charla una figura de las primeras que hubo en España y otra de las últimas. En los tiempos que transcurrieron de uno a otro y tal como ya lo apuntamos antes, fueron muchas las que cultivaron en España todas las actividades del saber humano. Hablar de cada uno sería necesitar una verdadera conferencia por separado, pero hay un hecho innegable que hemos de hacer resaltar, y es: aquella antorcha de producción cultural que encendieron aquellos hombres en España, es la que con su luz ha iluminado durante cerca de mil años, el camino que recorrieron nuestros antepasados y por el que nosotros seguimos caminando, pues hoy, después de ese tiempo, todavía en los ámbitos misteriosos y sagrados de nuestras sinagogas y templos se ora y se invoca al Todopoderoso, con los textos litúrgicos compuestos en España, con la misma fe, con el mismo fervor religioso, y casi con el mismo carácter de santidad que se recita o se lee un trozo de la Torá o Ley de Moisés.

En los estudios y academias rabínicas se consultan, se investigan y se estudian los textos producidos en España con el mismo interés y con el mismo carácter de autoridad con que se estudia la Mishna la Gumara, la Hagada o su compendio, el Talmud. En los Tribunales Rabínicos, se procede, se juzga y se falla, con los fundamentos legales codificados en España, y en los formularios notariales rabínicos todavía se usan aquellas célebres frases de: «Y todo esto se ha formalizado y se ha extendido de acuerdo con los preceptos establecidos por las Congregaciones de Castilla». En nuestras instituciones y fiestas es la nota arábigo-española la que destaca tanto por las canciones y su música que en ellas se usan como por su proceso y des-

arrollo, y todavía, en muchos de nuestros patios, se oye la voz ancestral de alguna que otra abuela adormeciendo o columpiando al nieto al son de un viejo romance castellano o sancionando nuestros actos con algún refrán, sentencia o máxima de la Vieja Castilla.

Es nuestro deber continuar caminando por ese sendero y a la luz de esa antorcha, tratando de mejorarlo siempre, y, ¿por qué no aunar nuestros esfuerzos por producir o iniciar un renacimiento o resurgimiento de todo aquello, bello y sublime en extremo? Todo ello, para bien nuestro, para bien de este país feliz, que es Marruecos, en el que hermanados con musulmanes y católicos españoles convivimos, y para bien también de ese otro país, grande por sus hechos y por sus obras, madre de naciones y de pueblos, país a cuya historia pertenecen las mejores páginas de la nuestra, país, en fin, calificado con justicia de nobles y de hidalgos, y que es España.

✶

